con humildad y paciencia la hora que nuestro divino Salvador haya destinado paara *introducirnos* en esta felicidad; porque, finalmente, para ir a Dios y llegarse a El hay que dejarse conducir por su espíritu.

Ahora bien, hay diversos grados en este género de oración (que resulta ser manifiestamente intensa), como en todos los demás..., recibiendo allí grandes luces..., y parece que Dios se vale de ella para que... en ella encontremos y recibamos toda la luz y la fortaleza que necesitamos para todas las cosas (Pensées et lettres. París, 1899).

SAN JOSE DE CALASANZ (m. 1648)

San José de Calasanz fue el fundador de la Orden de Clérigos Regulares de las Escuelas Pías, la última de las órdenes religiosas de votos solemnes aprobada por el Papa Gregorio XV, específicamente dedicada a la educación cristiana de la juventud, siendo la primera en hacerlo con carácter gratuito. San José de Calasanz se distinguió principalmente por su amor a los niños, su tierna devoción a María y su profundísima oración.

1. Ponga todo empeño en instruir a los novicios en la modestia religiosa y en la virtud santa de la humildad. Se harán así más aptos para hacer oración mental, que es la vida del alma (11-5-30).

2. El religioso que no sabe hacer oración es como un hombre desarmado, que pueden herirle por todas partes (20-11-38).

3. El religioso que no sabe hacer oración mental es como un cuerpo sin alma. Poco a poco comienza a dar mal olor de sí, desobedeciendo, o dando poca importancia a la transgresión de cosas pequeñas, y luego de cosas grandes (24-7-27).

4. Que cada uno de los nuestros tenga comodidad de

poderse retirar a su habitación, para hacer un poco de oración a solas con Dios (4-7-29).

5. Debe el superior emplear todas las artes para introducir en la oración a los súbditos (20-11-38).

6. Aquellos que faltan a la oración estando sanos, deben suplirla; si no tienen otro tiempo, durante el de la comida, o el que le señalen...

Sin la oración no se puede estar bien con Dios; porque es tan necesaria al hombre interior como el alimento corporal al hombre exterior (7-12-30).

7. De la oración todos los santos dicen cosas maravillosas. Bienaventurado, ciertamente, quien sepa orar y, con la oración eficaz, lograr de nuestro Juez la remisión de los pecados y la abundancia de gracias (28-2-32).

8. Exhorto a todos a ser muy diligentes en el apostolado con los alumnos, lo cual se hace con gran provecho mediante la oración (29-1-28).

9. Si no recibís limosnas, es señal de que no os portáis bien. En cambio, si os enmendáis y hacéis oración, exponiendo el Santísimo Sacramento, veréis la misericordia del Señor en esa casa (17-2-21).

10. Cuide no sólo de las escuelas, sino también, que importa más, de la observancia de nuestras Reglas que se mantengan los súbditos muy observantes y amigos de la oración mental, que es el apoyo de las almas piadosas (20-7-47).

11. Jamás serán de provecho para sí mismos ni para los demás, mientras no sean mortificados y piadosos en la oración (7-1-34).

12. Hagan oración al Señor, para que les dé espíritu de padecer un poco por Cristo, en recompensa de cuanto padeció El por nosotros (25-8-21).

13. Al padre Gaspar: que tenga cuidado de su salud y de cansarse poco. Que yo aprecio tanto la oración que hace en la habitación como el trabajo de la escuela (6-12-20).

14. Hagan hacer oración a los alumnos pequeñitos, que le es muy grata a Dios (17-7-36).

15. Haga rezar a los niños por nosotros, para que el Señor nos dé espíritu de acrecentamiento en su santo servicio (8-1-33).

VENERABLE JUAN JACOBO OLIER (m. 1657)

El famoso fundador del seminario de San Sulpicio nació en París el 20 de septiembre de 1608 y murió en 1657, asistido por San Vicente de Paúl. Sus principales obras son: Introducción a la vida y virtudes cristianas; El día cristiano; Explicación de las ceremonias de la Misa; Catecismo Cristiano para la vida interior; Tratado de las sagradas órdenes; Cartas espirituales.

El alma que se descuida en orar cae luego en la tibieza y retrocede..., no advirtiendo la necesidad que tiene de nuevas gracias para obrar bien... Y las gracias actuales de Dios no son menos necesarias en la continuación de la vida interior que en sus comienzos... Siempre estáis necesitando gracias actuales que os alumbren, que os dirijan y que os exciten en el servicio de Dios y que os fortalezcan y aparten de toda criatura y de vos mismo; de suerte que en el momento en que ellas cesen de obrar en vos, cesareis de obrar por Dios... Y, si este socorro es de tanta necesidad, no lo es menos la oración mediante la cual se alcanza. Esta es, pues, la razón de por qué debe ser *continua*, según lo encarga San Pablo; oración que se hace en el fondo del alma, por una mirada o un suspiro hacia Dios, que lo atrae y lo llama incesantemente y que de continuo está pidiendo su vida... La vivificación que en nosotros produce el Espíritu Santo depende de la oración, que, a manera de lazo, tiene a Jesús atado a nuestro corazón para darnos la vida e influir en nosotros (Lettres, 347).

VENERABLE P. JUAN EUSEBIO NIEREMBERG (m. 1658)

El P. Nieremberg es uno de los principales clásicos de espiritualidad que más han contribuido y ayudado en la formación

ascética de los cristianos de los últimos siglos. De su obra Diferencia entre lo temporal y lo eterno, *se dice que ha convertido más almas que letras tiene. Pero sus obras principales son* Aprecio y Estima de la Divina Gracia *y* Vida Divina.

1. Para atender y cumplir la voluntad de Dios, es principalísimo medio la lección espiritual, la oración y la presencia de Dios. Pues, así como no es posible que dure la vida corporal sin alimentarla cada día, así, por descuido en la oración, han sucedido notables caídas. David se lamentaba de sí, diciendo: *Fui segado como heno, y se me secó el corazón, porque me olvidé de comer mi pan* (Sal. 101, 5). Llama *pan* a la oración, porque es sustento del espíritu y de cada día, y el que da vida a todas las acciones virtuosas; porque así como el pan es manjar de cada día y general, que se come con todos los manjares, así también la oración ha de entrar en todos los ejercicios espirituales, en todos los actos de virtud y en todas las obras que hiciéremos.

San Juan Crisóstomo, no contento con la comparación del alimento, tan precisamente necesario para la vida, declaró la importancia de la oración con la semejanza de otra cosa más necesaria, diciendo: Que lo que es el alma para el cuerpo, eso es la oración para el alma. Sin comida se puede pasar, aunque trabajosamente, algún día; mas sin el alma no se puede vivir ni un instante. Por eso nos amonesta el Señor a *orar siempre sin cesar* (Lc. 18, 1).

2. Tres cosas tiene la oración que son origen de mil bienes que consigo trae, por las cuales nos es muy necesaria, más que el pan de la boca. La primera cosa que incluye, es ser *petición* por la cual alcanzamos remedio de nuestra extrema pobreza espiritual e infinitas miserias del alma. La segunda, es ser *consideración* y conocimiento de los misterios de fe y verdades de la otra vida. La tercera, es ser *unión con Dios* y conversación en los cielos.

3. Por la primera, es más necesaria la oración que a un mendigo el pedir limosna, que si no quiere perecer, le es forzoso mendigar su remedio. Mucho mayor es nuestra necesidad

espiritual, sino que no la percibe el sentido; que si se sintiera la mendiguez espiritual como la pobreza temporal, clamáramos al cielo con lágrimas y gemidos, y no cesáramos de orar continuamente. Por cierto que no es mucho lo que nos pide el Hijo de Dios, que *oremos siempre sin intermisión.* ¿Pues qué desacierto es que se pase un día sin oración? Porque se tuviera por desesperación o locura grande, si un miserable que no tuviera otro remedio, no quisiera pedir limosna. Del que se descuida de orar, se puede decir con más razón que, o está loco, o desesperado, o quiere ser homicida de sí mismo. Y esto además de que de la infalibilidad de la oración con respecto a las necesidades espirituales, estamos totalmente ciertos, como nos consta de la palabra y promesa del Hijo de Dios.

4. Por lo segundo que es necesaria la oración, es por el conocimiento que en ella se alcanza de las verdades de la otra vida. Porque, ¿cómo puede uno temer de veras los daños de la condenación eterna, en que puede caer, o cómo puede llegar a desear de veras los bienes de la gloria, a que puede subir, si no sabe lo que son? La oración es, pues, la luz que los descubre y la ventana por donde pueden llegar a vislumbrarse las cosas del siglo venidero. Pues, ¿qué torpeza es que no queramos entender cosas tan grandes, y más cuando nos importa tan grandemente entenderlas?

5. Por lo tercero que tiene la oración, que por ella se llega y une el alma con Dios, no es menor su necesidad. ¡Desdichados de nosotros cuando quedamos apartados de nuestro buen Dios! ¿Qué defensa, qué remedio, qué consuelo podemos tener? ¿Qué puede hacer un corderillo apartado de su madre, sin leche ni sustento, sino perecer? Nuestros mismos miembros, apartados del resto del cuerpo, ¿qué vida pueden conservar? Pues así como es necesaria al corderillo su madre, así nos es necesaria la oración, y por ella llegarnos a Dios, para no perdernos ni perecer, sino vivir una vida abundante y dichosa.

Además de esto, en el trato con Dios se habilita el alma y dispone mucho para las obras de virtud y alejamiento de cosas exteriores, no sintiendo tanta dificultad en los ejercicios santos y consejos evangélicos. El gusto que en la oración y por ella

comunica el Señor, hace que se desprecien los de la tierra, y facilita la mortificación, tan necesaria a los siervos de Cristo.

6. De suerte que por tantas maneras se dobla y multiplica la necesidad de la oración, que ella es la causa de todo bien. ¿Sería creíble que si en una cosa tuviera un hombre hacienda, honra, salud, fuerzas y cuanto desee, se olvidase de ella? Pues, ¿qué error es éste, que teniendo en la oración, único refugio de nuestras miserias espirituales, amparo de las necesiades del alma, remedio de todo mal y, finalmente, teniendo en ella todos los bienes, y al que es todo bien, que nos descuidemos tanto de su uso, y más siguiéndose tan notables daños de su olvido? No hay tibieza considerable ni caída que no sea por falta de oración. Con ella y por ella nos sustentaremos, nos aprovecharemos y creceremos más cada día. Por lo cual pido a los deseosos de hacer la voluntad divina, por el amor de Jesús, y por su mismo bien, que pongan principal cuidado en este punto, porque tanto más siervos de Dios vendrán a ser cuanto fueren más hombres de oración.

7. Estimemos este bien que tenemos; agradezcamos este favor y gran bondad de Dios, que espera que le hablemos, y lo que más es, que nos lo ruega. Confiemos mucho que nos oirá quien pide que con El hablemos, y que concederá lo que le pedimos, pues nos ruega que le roguemos. ¿Hay ventura como la nuestra, que está a nuestro mandar la puerta abierta para tratar con el sumo Monarca del mundo? ¿Qué diligencias no cuesta, qué tiempo no se pierde, qué días no se espera, qué intercesiones no se suelen interponer para haber de hablar despacio a un rey de un rincón de la tierra? ¡Y que el Rey del cielo nos ruegue que le hablemos, y apenas hay quien quiera, y más siendo para nuestro bien! ¿Puede ser mayor descuido y locura? Vuelvo, pues, a rogar a los deseosos de servir a Dios y apremiarles, por lo que deben a su Redentor, por la gloria de Dios, por la edificación de la Iglesia, por el gozo de los ángeles, por el consuelo de los justos y por su propio bien, que si quieren cumplir la voluntad divina no se descuiden de tener mucha oración. En ella conocerán lo que Dios quiere de ellos, y con el esfuerzo de ella lo ejecutarán, para después en el cielo, por eternidad de eternidades, continuar lo que en esta vida empezaron. Dios nos lo condena. Amén.

SAN VICENTE DE PAUL (m. 1660)

A San Vicente de Paúl se le conoce en el mundo entero como El Santo de la Caridad. *Todos sabemos que fue él, junto con Santa Luisa de Marillac, el fundador de las* Hijas de la Caridad, *dedicadas exclusivamente a socorrer a los necesitados. Pero lo que no saben muchos es que, preocupado principalmente por la salvación de las almas, fundó la* Congregación de Sacerdotes de la Misión, *dedicados a la instrucción religiosa de los campesinos y de los más abandonados. Funda también seminarios para la práctica de ejercicios espirituales que él mismo dirige, esforzándose por llevarlos hasta las más altas dignidades eclesiásticas.*

1. Hermanos míos: si un misionero solamente pensase en la ciencia y en predicar bien para mover a todos a la compunción, pero al mismo tiempo descuida su oración, ¿ese tal es misionero? No, porque falta a lo principal, que es su perfección... ¿De qué nos servirá haber hecho maravillas por los demás, si hemos dejado abandonada nuestra alma? Nuestro Señor se retiraba a hacer oración, separándose del pueblo, y quería que los apóstoles se retirasen aparte lo mismo que El (Mc. 6, 31), después de haber hecho las cosas de fuera, para no omitir sus ejercicios espirituales; y su perfección estuvo en hacer bien lo uno y lo otro (Conf. a Sac. Mis. 1).

2. Cuando Dios quiere comunicarse a alguien, lo hace sin esfuerzos, de una manera muy suave y sensible, dulce y amorosa. Dios, por su parte, no busca nada mejor. Pidámosle con toda confianza, y estemos seguros de que nos lo concederá. El no se niega nunca si rezamos con humildad y confianza. Si no lo concede al principio, ya lo concederá. Hay que perseverar sin desanimarse; y si no tenemos ahora ese espíritu de Dios, ya nos lo dará por su misericordia, si insistimos, quizá dentro de tres o cuatro meses, o de uno o dos años. Pase lo que pase, confiemos

en la providencia, esperémoslo todo de su liberalidad... Digámosle muchas veces: Señor, concédenos el don de la oración; enséñanos tú mismo cómo hemos de orar. Pidámoselo hoy y todos los días con confianza, con mucha confianza en su bondad (Conf. a Sac. Mis. 6).

3. Una cosa importante a la que usted debe atender de manera especial, es tener mucho trato con nuestro Señor en la oración; allí está la dispensa de donde podrá sacar las instrucciones que necesite para cumplir debidamente con sus obligaciones. Cuando tenga alguna duda, recurra a Dios y dígale: "Señor, tú eres el Padre de las luces, enséñame lo que tengo que hacer"... Además, debe usted recurrir a la oración para conservar en su alma el temor y amor de Dios; pues tengo la obligación de decirle, y lo debe usted saber, que muchas veces nos perdemos mientras contribuimos a la salvación de los demás. A veces, preocupándose por los otros se olvida uno de sí... Y también debe recurrir a la oración para pedir por los demás, convencido de que obtendrá usted mucho más fruto con este medio que con todos los demás (Conf. a Sac. Mis. 7).

4. En la oración mental es donde yo encuentro al aliento de mi caridad... Lo de mayor importancia es la oración; suprimirla no es ganar tiempo, sino perderlo. Dadme un hombre de oración y será capaz de todo (Cit. B.M.S.).

5. La oración es alimento del alma; lo mismo que todos los días necesitamos el alimento corporal, también necesitamos todos los días el alimento espiritual para la conservación de nuestra alma.

En la oración es donde escuchamos los deseos de Dios, nos perfeccionamos, tomamos fuerzas para resistir a las tentaciones y nos robustecemos en nuestra vocación... Por el contrario, cuando no hacemos bien la oración, nos debilitamos y perdemos la presencia de Dios.

6. *Razones para tener oración.*—Una de las principales razones que tenemos para hacer oración todos los días, es el que nuestro Señor la recomendara tanto a sus discípulos: "*Invocad a mi Padre,* les dijo; *pedidle a mi Padre, y todo cuanto pidáis en mi nombre se os concederá" (Jn. 14, 13).* Y lo que dijo a sus discípulos, hijas

mías, nos lo dice también a nosotros. Y tras esta recomendación del Hijo de Dios, tan ventajosa para nosotros, ¿no habremos de concebir una gran estima de ella?

Hijas mías: Tenéis que tener mucho cuidado en evitar todos los impedimentos que pudieran surgir a propósito de la hora, ya que con mucha frecuencia se os van a presentar. Pero cuando pase algo, en cuanto os deis cuenta, animaos con la recomendación que Jesucristo hizo de ella. Tú, Dios mío, me has recomendado que ore, y yo sería muy cobarde si quisiera librarme de ello. ¡Voy allá! Ya veréis todas, hijas mías, qué poderoso es este motivo, y los bienes que entonces alcanzaréis.

7. A este motivo voy a añadir otro. Se ha creído conveniente que hagáis oración todos los días, tal como indican vuestras reglas. Diré más aún, hijas mías; hacedla, si podéis, a cualquier hora, e incluso no salgáis nunca de ella, porque la oración es tan excelente que nunca la haréis demasiado, y cuanto más la hagáis, más la querréis hacer, si de veras buscáis a Dios.

Así que, hijas mías, ya que se dice en vuestras Reglas que tenéis que hacerla, es menester procurar, en la medida de lo posible, no faltar nunca a ella. Y si os lo impide esa medicina que tenéis que llevar por la mañana durante la hora de la oración, tenéis que buscar algún otro tiempo, de forma que nunca la dejéis...

8. Jesucristo nos ha ofrecido toda la seguridad de que seremos bienvenidos ante el Padre cuando oremos. No se ha contentado con hacer una simple promesa aunque hubiera sido más que suficiente, sino que ha dicho: *En verdad, en verdad os digo, que todo lo que pidáis en mi nombre, se os concederá (Jn. 14, 13)*. Así, pues, con esta confianza, mis queridas hijas, ¿no habremos de poner todo nuestro cuidado en no perder las gracias que la bondad de Dios quiere concedernos en la oración, si la hacemos de la forma debida?..

9. Se ha dicho, y con razón, que la oración es para el alma lo que el alimento es para el cuerpo, y que lo mismo que una persona que se contentase con no comer más que una vez cada tres o cuatro días, desfallecería enseguida y se pondría en peligro de muerte o, si viviese, sería lánguidamente, incapaz

de realizar nada útil y se convertiría finalmente en un trasto sin fuerza ni vigor; así también el alma que no se alimenta de la oración, o que raramente la hace, se hará tibia, lánguida, sin fuerzas ni entusiasmo, sin virtud alguna, fastidiosa para los demás e insoportable para sí misma.

Y se ha advertido también que de esta forma es como se conserva la vocación, porque es cierto, hijas mías, que una Hija de la Caridad no puede vivir si no hace oración. Es imposible que persevere. Durará quizás algún tiempo, pero el mundo la arrastrará. Encontrará su ocupación demasiado dura, porque no ha tomado este santo refrigerio. Irá languideciendo, se cansará y acabará dejándolo todo. Hijas mías, ¿por qué creéis que muchas han perdido su vocación?; porque descuidaron la oración.

10. Se ha dicho igualmente que la oración es el alma de nuestras almas; esto es, que la oración es para el alma lo que el alma es para el cuerpo. Pues bien, el alma da la vida al cuerpo, le permite moverse, caminar, hablar y obrar en todo lo que necesita. Si al cuerpo le faltase el alma no sería más que carne corrompida, útil solamente para el sepulcro. Pues bien, hijas mías, el alma sin oración es casi lo mismo que ese cuerpo sin alma en lo que se refiere al servicio de Dios; no tiene sentimientos, ni movimientos, no tiene más que deseos rastreros y vulgares de las cosas de la tierra.

11. A todo esto añado, mis queridas hijas, que la oración es como un espejo en el que el alma ve todas sus manchas y todas sus fealdades; observa todo lo que la hace desagradable a Dios, se mira en él, se arregla para hacerse en todo conforme con El.

12. Las personas del mundo nunca salen de su casa hasta después de haberse arreglado convenientemente ante el espejo, para ver si hay en ellas algo defectuoso, si no hay nada que vaya en contra de las convivencias sociales. Hay algunas que son tan vanidosas que llevan espejos en sus bolsos, para mirar de vez en cuando si tienen algo que arreglar de nuevo.

Pues bien, hijas mías, lo que hacen las gentes del mundo para agradar al mundo, ¿no será razonable que hagan los que sirven a Dios para agradar a Dios? Nunca deben salir sin mirarse en su espejo. Dios quiere que las que le sirven se arreglen

también, pero en el espejo de la santa oración, donde, todos los días, y aun varias veces al día, examinando la conciencia, ejercitándose en santos deseos tratando de agradar a Dios, pidiendo perdón y gracia para ello.

13. Se ha dicho que es en la oración donde Dios nos da a conocer lo que quiere que hagamos y lo que quiere que evitemos; y es verdad, mis queridas hijas, porque no hay ninguna otra cosa en la vida que nos haga conocernos mejor, ni que nos demuestre con mayor evidencia la bondad de Dios, como la oración.

14. Los Santos Padres se entusiasman cuando hablan de la oración; dicen que es una fuente de juventud donde el alma se rejuvenece. Los filósofos dicen que entre los secretos de la naturaleza hay una fuente que ellos llaman la fuente de juventud, donde los viejos beben del agua rejuvenecedora. Sea lo que fuere de esto, sabemos que hay fuentes cuyas aguas son muy buenas para la salud. Pero la oración remoza al alma mucho más realmente que lo que, según los filósofos, rejuvenecía a los cuerpos la fuente de la juventud.

15. Allí, en la oración, es donde el alma, debilitada por las malas costumbres, se torna vigorosa; allí es donde recobra la vista después de haber caído en la ceguera; sus oídos, anteriormente sordos a la voz de Dios, se abren a las buenas inspiraciones, y su corazón recibe una nueva fuerza y se siente animado de un entusiasmo que nunca había sentido. ¿De dónde viene que una pobre mujer aldeana que viene a vosotras con toda su tosquedad, ignorando las letras y los misterios, cambie al poco tiempo y se haga modesta, recogida y llena de amor de Dios? ¿Quién ha hecho esto sino la oración? Es una fuente de juventud en donde se ha rejuvenecido; allí es donde ha encontrado las gracias que se advierte en ella y que la hacen tal como la veis.

16. *Clases de oración.*—Hay dos clases de oración: la mental y la vocal. La vocal es la que se hace con palabras; la mental es la que se hace sin palabras, con el corazón y el espíritu...

Pues bien, en cada una de estas dos maneras de orar, Dios comunica muchas y muy excelentes luces a sus servidores. Allí es donde ilumina su entendimiento con tantas verdades

incomprensibles para todos los que no hacen oración; allí es donde inflama la voluntad; allí es finalmente donde toma posesión completa de los corazones y de las almas.

Entonces, es conveniente que sepáis, mis queridas hermanas, que aunque las personas sabias tengan mayor disposición para hacer oración, y que muchas lo logran y tienen por sí mismas el espíritu abierto a muchas luces, el trato de Dios con las personas sencillas es muy distinto. *Confiteor tibi, Pater,* etc., decía Nuestro Señor. *Te doy gracias, Padre mío, porque has ocultado estas cosas a los sabios del mundo y se las has rebelado a los humildes y pequeños.*

17. *Por la oración se alcanza la sabiduría.*—Hijas mías, en los corazones que carecen de la ciencia del mundo y que buscan a Dios en sí mismo, es donde El se complace en distribuir las luces más excelentes y las gracias más importantes. A esos corazones les descubre lo que todas las escuelas no han podido encontrar, y les revela unos misterios que los más sabios no pueden percibir.

Mis queridas hermanas, ¿no creéis que vosotras lo habéis experimentado? Creo que ya os lo he dicho otras veces, y lo repitiré una vez más: nosotros, los sacerdotes y clérigos, por lo regular, hacemos bien la oración; pero, nuestros pobres hermanos, ¡oh!, en ellos se realiza la promesa que Dios ha hecho de manifestarse a los pequeños y a los humildes, pues, muchas veces quedamos admirados ante las luces que Dios les da, y es evidente que todo es de Dios, ya que ellos no tienen ningún conocimiento.

18. Unas veces es un pobre zapatero, otras, un panadero o un carretero que os llena de admiración. Algunas veces hablamos entre nosotros de esto con una gran confusión por no ser como vemos que ellos son. Nos decimos mutuamente: "Fíjese en este pobre hermano; ¿no ha observado Vd., los hermosos pensamientos que Dios le ha dado? ¿No es admirable? Porque lo que él dice, no lo dice por haberlo aprendido, o haberlo sabido antes; lo sabe después de haber hecho oración".

¡Qué bondad de Dios tan grande e incomprensible al poner sus delicias en comunicarse con los sencillos y los ignorantes, para darnos a conocer que toda la ciencia del mundo no es más

que ignorancia en comparación con la que El da a los que se esfuerzan en buscarle por el camino de la santa oración!

19. Así, pues, mis queridas hermanas, es preciso que vosotras y yo tomemos la resolución de no dejar de hacer oración todos los días. Digo *todos los días*, hijas mías; pero, si pudiera ser, diría más: no la dejemos nunca y no dejemos pasar un minuto de tiempo sin estar en oración, esto es, sin tener nuestro espíritu elevado a Dios; porque, propiamente hablando, la oración es, como hemos dicho, una elevación del espíritu a Dios.

20. ¡Pero la oración me impide hacer esta medicina y llevarla, ver aquel enfermo, a aquella dama! ¡No importa, hijas mías! Vuestra alma no dejará nunca de estar en la presencia de Dios y estará siempre lanzando algún suspiro.

Si supieseis, hijas mías, el gusto que siente Dios al ver una mujer aldeana, una pobre Hija de la Caridad que se dirige amorosamente a El, entonces acudiríais a la oración con más confianza que la que yo os podría aconsejar. ¡Si supieseis los tesoros y las gracias que Dios tiene preparadas para vosotras! ¡Si supieseis cuánta ciencia sacaríais de allí, cuánto amor y dulzura encontraríais en la oración!

Allí lo encontraréis todo, mis queridas hijas, porque es la fuente de todas las ciencias. ¿De dónde proviene que veais a personas sin letras hablando tan bien de Dios, desarrollando los misterios con mayor inteligencia que lo haría un doctor? Un doctor que no tiene más que su doctrina, habla de Dios de la forma que le ha enseñado su ciencia; pero una persona de oración hable de El de una manera muy distinta. Y la diferencia entre ambos, hijas mías, proviene de que uno habla por simple ciencia adquirida, y el otro por una ciencia infusa, totalmente llena de amor, de forma que el doctor en esa ocasión no es el más sabio. Y es preciso que se calle donde hay una persona de oración, porque ésta habla de Dios de manera muy distinta de como él puede hacerlo...

21. Me diréis: "Padre, lo vemos muy bien; pero enséñenos. Vemos y comprendemos muy bien que la oración es la cosa más excelente, que es la que nos une a Dios, lo que nos afirma en nuestra vocación y nos hace progresar en la virtud, nos despega

de nosotras mismas y nos hace amar a Dios y al prójimo; pero no sabemos hacerla. Somos unas pobres mujeres que apenas sabemos leer, al menos algunas. Estamos a gusto en la oración, pero no comprendemos nada, y hasta nos parece que sería mejor no hacerla. Enséñenos."

22. Hijas: Los discípulos del Señor también le decían: "*Enséñanos a orar*, dinos cómo hay que orar" (Lc. 11, 1). Y el Señor les dijo: "Decid, "*Padre nuestro, que estás en el Cielo*... (Mt. 6, 9).

Y vosotras, mis queridas hijas, me preguntáis cómo hay que hacerla, porque os parece que no lo hacéis. Ante todo he de deciros, hermanas mías, que no la dejéis nunca aunque os parezca que es inútil porque no sabéis.

23. *La perseverancia en la oración:*

No os extrañéis, las que sois nuevas, de veros durante un mes, dos meses, tres meses, seis meses sin sentir nada; no, ni aunque esto dure todo un año, ni dos, ni tres. Aunque eso os suceda, no la dejéis nunca, como si sintieseis mucho fervor.

Santa Teresa estuvo veinte años sin poder hacer oración. (Al menos eso le parecía a ella). No sentía ni comprendía nada, pero ella iba al coro y decía: "Dios mío, vengo aquí porque me lo manda la Regla. Por mí no haría nada; pero porque tú lo quieres, por eso vengo". Y durante aquellos veinte años, aunque no sentía ningún gusto, nunca dejó la oración. Y al cabo de aquel tiempo, Dios, recompensando su perseverancia, le concedió un don de oración tan eminente que, desde los Apóstoles, nadie ha llegado tan alto como ella. ¿Qué sabéis vosotras, hijas mías, si Dios os querrá hacer con cada una, una nueva Santa Teresa? ¿Sabéis la recompensa que querrá dar a vuestra perseverancia?

24. Creéis que, yendo a la oración, no hacéis nada, porque no sentís ningún gusto; pero es preciso que sepáis, hijas mías, que allí se encuentran todas las virtudes. Primero la obediencia, porque la hacéis obedeciendo a la Regla. Ejercitáis la humildad, pues al creer que no hacéis nada, concebís un bajo sentimiento de vosotras mismas. Asimismo ejercitáis la fe, la esperanza, la caridad. En fin, hijas mías, en esta acción están encerradas la mayoría de las virtudes que necesitáis, y ya hacéis bastante si acudís a ella con espíritu de obediencia y humildad.

25. Por todas estas razones, que nos muestra la bendición que Dios da a los que practican el ejercicio de la santa oración, tanto si sienten gusto como aridez, debemos ahora, vosotras y yo, entregarnos a Dios para no faltar nunca a ella, pase lo que pase.

Si durante la hora de la comunidad tenéis algún otro quehacer, hay que buscar otra hora, y de la forma que sea, llenar ese tiempo.

26. ¡Si supieseis, hijas mías, qué fácil es distinguir una persona que hace oración de otra que no la hace! Se ve muy fácilmente. Veis a una hermana modesta en sus palabras y en sus acciones, prudente, recogida, santamente alegre; entonces podéis decir: "He aquí una hermana de oración". Por el contrario, aquella que acude a ella poco o nada, la que aprovecha cualquier ocasión que se presente para no ir a la oración, dará mal ejemplo, no tendrá afabilidad ni con sus hermanas ni con sus enfermos, y será incorregible en sus costumbres. ¡Qué fácil es ver que no hace oración!

Por eso, hermanas mías, hay que tener mucho cuidado en no decaer, porque, si hoy encontráis una excusa para no ir a la oración, mañana encontraréis otra. Y lo mismo después; y poco a poco os iréis apartando de ella. Y si dejáis la oración habrá que tener mucho miedo de que lo perdáis todo, porque vuestros quehaceres son muy fatigosos. Si Dios no os concede su fuerza y su gracia, será imposible resistir. La carne y la sangre no encuentran en estas cosas gusto alguno, pues es por la oración por donde Dios comunica su fuerza.

Así, pues, hijas mías, el primer medio es no faltar nunca a ella. El segundo, es pedir a Dios la gracia de poder hacer oración, y pedírsela incesantemente. Es una limosna que pedís. No es posible que, si perseveráis os la niegue.

27. Invocad a la Santísima Virgen, a vuestro patrono, a vuestro ángel de la guarda. Imaginaos que está presente toda la corte celestial, y que, si Dios os rechaza, a ellos no los rechazará.

Unas veces hará por vosotros oración la Santísima Virgen, otras vuestro ángel, otras vuestro patrono; y de esta forma nunca quedará sin hacerse, ni vosotras sin fruto.

28. *Sin mortificación no puede haber oración:*

Otro medio, hijas mías, que os servirá mucho para la oración, es la mortificación. Son como dos hermanas tan estrechamente unidas que nunca van separadas. La mortificación va primero y la oración la sigue; de forma, mis queridas hijas, que si queréis ser mujeres de oración, como necesitáis, tenéis que aprender a mortificaros, a mortificar los sentidos exteriores, las pasiones, el juicio, la propia voluntad, y no dudéis de que en poco tiempo, si marcháis por este camino, haréis grandes progresos en la oración.

Dios se fijará en vosotras; considerará la humildad de sus servidoras, porque la mortificación viene de la humildad; y así os comunicará esos secretos que ha prometido descubrir a los pequeñuelos y a los humildes. Le doy gracias de todo corazón porque nos ha hecho pobres y en la condición de aquellos que, por su bajeza, pueden esperar llegar al conocimiento de su grandeza, porque ha querido que la Compañía de Hijas de la Caridad se compusiera de mujeres pobres y sencillas, pero capaces de esperar la participación de los misterios más secretos. Le doy gracias por todo ello y le suplico que sea El su propia gratitud, y a ti, Jesucristo, Salvador mío, que repartas en abundancia a la Compañía este don de la oración, para que, por tu conocimiento, puedan todas adquirir tu amor. Dánoslo Dios mío, tú que has sido durante toda tu vida, un hombre de oración, que la hiciste desde tus primeros años, que continuaste siempre y que finalmente te preparaste por la oración a enfrentarte con la muerte. Danos este don sagrado, para que por él podamos defendernos de las tentaciones y permanecer fieles en el servicio que esperas de nosotros...

29. Las Hijas de la Caridad tienen que apreciar la oración como el cuerpo al alma. Y lo mismo que el cuerpo no sería capaz de vivir sin el alma, tampoco el alma sería capaz de vivir sin la oración. Mientras una Hermana haga la oración como hay que hacerla, ¡cuánto bien hará! No irá andando, sino que correrá por los caminos del Señor y se verá elevada a un grado muy alto de amor de Dios.

Al contrario, la que abandone la oración o no la haga como

es debido, irá arrastrándose. Llevará el hábito, pero carecerá del espíritu de Hija de la Caridad. ¿Veis que algunas se salen? Es por eso. Aparentemente hacían oración con las demás; pero, como no la hacían con todas las condiciones requeridas, no sacaron fruto de ella y se convirtieron en personas muertas a la gracia. Perdieron los sentimientos por las cosas divinas y también la vocación. ¿Y por qué? ¡Porque no hicieron bien la oración!

Veis, pues, mis queridas hermanas, cómo esto os obliga a ser muy cumplidoras en hacer bien la oración.

Si durante la misma os llamaran a visitar a un enfermo a quien haya que llevar las medicinas, tenéis que dejar la oración durante ese tiempo, pero tenéis que buscar luego la ocasión para hacerla, sin faltar nunca a ella.

30. ¿No veis cómo, de ordinario, adornamos nuestros cuerpos con el vestido? El vestido del alma es la oración; dejar de hacerla es lo mismo que no vestirla con la ropa debida. Por eso tiene tanta importancia que os aficionéis más que nunca a este santo ejercicio. Si la hacéis bien, tendréis el hermoso ropaje de la caridad y Dios os mirará complacido; pero si no lo hacéis vais a caer en una situación deplorable. Si, una hermana que abandona la oración cae en una situación deplorable: Dios la abandona, porque ella ha abandonado a Dios. Y sabed que sin la oración no tendréis más remedio que ofenderle...! ¡Salvador mío!, te rogamos nos concedas esta gracia, la gracia de la oración. Hermanas: pedidle que os aficionéis a ella y que nunca os falte...

31. En el nombre de Dios, no faltéis nunca a la oración, y comprended bien la importancia de hacerla bien. Mirad, la oración es tan necesaria al alma para conservarla viva como el aire al hombre, o como el agua a los peces. Pues bien, lo mismo que los hombres no podemos vivir sin aire, sino que morimos al no poder respirar, de la misma forma una Hija de la Caridad no podrá vivir sin la oración y morirá a la gracia si la deja...

32. *La oración es el único medio para conseguir las virtudes:*

Entre todos los medios que Dios os ha inspirado, hijas mías, encuentro especialmente uno de una eficacia maravillosa, el de pedir esta gracia a Dios, pero pedírselo de buena manera, esto es, con el deseo de corresponder a la gracia con todo nuestro

empeño, y con el deseo de ser fieles hasta en los más pequeños detalles, porque como hemos señalado, el que es fiel en lo poco y en las pequeñas cosas, lo será también en las cosas grandes...

33. Y cuando vayáis a la oración, tenéis que ir puramente por complacer a Dios, diciendo: "No soy digna de conversar con Dios; pero, como lo quiere la obediencia y esa es su voluntad, voy a ella para honrar a Nuestro Señor". Pues no se ha de ir a la oración siguiendo los propios caprichos, sin atención y de cualquier manera. No, no hay que hacerla así. Tenemos que hacerla como la hacía Nuestro Señor, sobre la tierra. El la hacía con gran respeto, en la presencia de Dios, con confianza y humildad. (Conferencias 5, 37, 102, 103, 104.)

SANTA LUISA DE MARILLAC (m. 1660)

Nació en París de familia de noble abolengo. A los 20 años quiso entrar en el claustro, mas Dios lo dispuso de otro modo y contrajo matrimonio. Se distinguió por su gran amor a los pobres, y habiendo quedado viuda, bajo la dirección de San Vicente, fundó la Congregación de las Hijas de la Caridad.

1. Las jóvenes se levantarán a las cinco y media, se pondrán de rodillas junto a la cama para adorar a Dios y pedirle su bendición, para emplear el día según su santísima voluntad.

Se visten, hacen la cama y se dirigen al lugar donde se hace la oración, a las seis.

La oración terminará a las siete y, después, se rezan las letanías de la Santísima Virgen...

2. Dan cuenta de la oración y fijan en su memoria lo principal de las resoluciones tomadas para ponerlas por obra durante el día.

Las que estén de turno para servir a los enfermos se dan una vuelta por casa de la señora que prepara la comida, con el fin de que todo esté listo para salir a las nueve y media.

Las encargadas de las medicinas, las llevarán después de la oración; de regreso van a Misa...

3. A las doce hacen el examen sobre la práctica de las resoluciones tomadas en la oración, rezan el Benedícite y comen.

Después de dar gracias, traen de nuevo a la memoria las buenas resoluciones y piden a Dios nuevas fuerzas para practicarlas el resto de la jornada, pero para esto no se ponen de rodillas (Empleo del día observado por las primeras Hijas de la Caridad).

4. No basta con tener el entendimiento iluminado con el conocimiento de nuestros defectos; es preciso, además, tener la voluntad caldeada (por la oración) para seguirlos. Lo uno sirve para limpiar la conciencia (disponiéndola) para el nacimiento en nosotros de nuestro Jesús...

La limpieza se hace mediante la confesión íntegra de nuestros pecados, y el embellecimiento mediante el ejercicio de las virtudes, y principalmente de la oración... (Sobre la fiesta de Epifanía).

VENERABLE MARIA DE JESUS AGREDA (m. 1665)

Escribió varias obras muy extensas, tales como la Mística Ciudad de Dios, Escala para subir a la perfección, Leyes de la Esposa. *Su libro principal, la* Mística Ciudad de Dios *se hizo tan famoso que hubo muchos autores que lo tuvieron por inspirado hasta que la Santa Sede declaró que, "aunque no se podía tener por inspirado, tampoco se debía despreciar, ya que no contenía nada contra la fe y las buenas costumbres, y sí doctrina muy provechosa y saludable".*

1. "Todo el bien de las almas consiste en tener oración; y con ser esto así, hay muy pocos que la tengan". Esta fue la queja que mi Rey y Señor me dio en una ocasión... Me dijo que eran muy pocos los que buscaban tener comunicación con El... ¿Qué

es esto, Señor mío? ¿Acaso esta comunicación es con alguna criatura que causa enfado? ¿Es acaso un trato en el que se puede perder algo para que lo quieran tan pocos? No por cierto; antes de esta comunicación y trato nos ha de venir todo el bien. Trato es con el gran Rey y Todopoderoso Señor de todas las cosas; con el que a los pecadores perdona, a los ignorantes ilumina; a los amigos regala, y a los justos premia. Tiene *todo* el poder y el querer, ama y enriquece. Pues, ¿quién hay que no quiera ir a El? ¡Que sea tan poca nuestra luz (y tan rudo nuestro entendimiento), que no veamos esto y no busquemos tanto bien! Pues aquí podríamos hallar descanso en los trabajos, alivio en las enfermedades, medicina para nuestras llagas y *alas para que el espíritu vuele al Creador*. ¡Oh, qué de males se nos pueden seguir de no ir a esta fuente, y qué de bienes *conseguiríamos* si con ansia lo buscásemos!

2. Como el demonio conoce el bien que conseguimos teniéndola, y sabe lo que pierde, pone todos sus cuidados en estorbarla o impedirla. Y en particular procura poner gran remisión y cobardía en las almas que comienzan. Introduce temores: a unos, de que no han de conseguir el tenerla, que no es su natural y condición para eso. A otros, que si se esfuerzan, dañarán la salud. Crea montañas de dificultades... Toda esta confusión trae el demonio, y todo ello causa mucha aflicción y desmayo grande en el alma. Todo aflige en este tiempo, tanto que tomaría el alma antes ir a cualquier otro trabajo por grande que sea, aunque fuese remar, que a la oración... ¡Oh, quien pudiera remediar estos daños y animar a todas las almas del mundo a que no abandonen este tesoro...! Para poder vencer tantas dificultades es necesaria una determinación muy grande. Piensen que muchos han alcanzado este bien, y que por tanto no hay razón para que ningún alma deje de procurarlo. ¿Quién no se animará para conseguir tan dichoso estado como este de ser *especiales amigos de Dios*? ¿Quién no se determinará por anhelar esta dicha? En esta determinación, y en trabajar con especial empeño, consiste todo nuestro bien. (Escala para subir a la perfección, c. 6.)

JUAN CARDENAL BONA (m. 1674)

El Cardenal Bona nació en 1609 en Mondovi (Piamonti) Perteneció a la orden benedictina (Cister) y fue creado cardenal por Clemente IX en 1669. Murió en Roma en 1674. Su espiritualidad es eminentemente benedictina.

1. Que la oración es necesaria a todos los cristianos

La oración es tan necesaria que la fe nos obliga a creer que sin ella nadie puede salvarse; porque, ¿quién puede sin el auxilio de la gracia seguir la voz de Dios que le llama? y ¿quién puede merecer este auxilio sin pedirlo? Por ello la Escritura nos enseña que hay que orar sin cesar, e implorar siempre la asistencia de la que tenemos siempre necesidad. Ahora bien, reza bien siempre quien no deja nunca de rezar a ciertas horas de cada día. Reza bien siempre quien por la pureza de su intención ofrece a Dios todas sus acciones, puesto que rezar no es otra cosa que elevar el espíritu a Dios. Reza siempre quien conserva en su corazón un deseo ardiente y eficaz de rezar, porque este mismo deseo es una oración. Reza bien quien vive bien. Jamás nadie ha caído en el pecado y en la impiedad, y ha abandonado a Dios, sin haber renunciado previamente a la oración.

La oración es el canal por el que los arroyos de la gracia se derraman sobre el alma. Una vez que este canal se seca, el alma cae en la sequedad y en la muerte. No basta con pronunciar algunas oraciones sin atención y sin respeto, como hacen muchos, de los que Dios se queja cuando dice: "Este pueblo se acerca a mí con la boca y me glorifica con los labios, pero su corazón está alejado de mí". Quienquiera que rece de este modo no evitará el efecto terrible de esta imprecación del profeta: "Que su oración misma se le convierta en pecado". Quienquiera que no eleva su espíritu a Dios al menos dos veces al día, por la mañana cuando se levanta y por la noche cuando se acuesta, y no reza a Dios con fervor durante algún tiempo, no es digno del nombre de Cristiano. Hay que emplear en alimentar el alma al

menos tanto tiempo como se emplea en nutrir el cuerpo. Aun si al rezar se siente alguna sequedad, y se ve uno privado de la dulzura y la consolación de espíritu de Dios, no por ello se debe omitir ni interrumpir la oración. La verdadera devoción y el sólido placer del alma no consisten en una dulzura sensible, en los afectos y las lágrimas. Sino que consiste en una pronta voluntad de servir a Dios, y de abstenerse de todo pecado. Las cosas de Dios no se conocen más que por la fe, y no por los sentidos.

De las disposiciones necesarias para la oración

Hay muchas personas que piden métodos para aprender a orar a Dios, como si la oración fuera un arte, o un oficio en el que hubiera ciertas reglas. No condeno los preceptos que han sido dejados sobre este asunto por hombres de singular virtud. Sostengo solamente que no son suficientes, y hace falta además una aplicación continua para guardar el corazón y los sentidos, sin la cual no se puede tener el espíritu de oración. Y realmente, ¿cómo un corazón disipado durante el día, y volcado en las conversaciones inútiles del siglo, podría recogerse y unirse a Dios, para tratar con El del más importante de todos los asuntos, que es el de su salvación? Es una de las mayores ilusiones en las que los hombres pueden caer el prometerse que en un momento dado cumplirán con el empleo más difícil que puedan tener en esta vida, del que han estado bien alejados todo el día, y en el que en verdad nuncan han pensado seriamente. La oración exige un alma completamente pura, y desprendida de todos los fantasmas de la tierra, a fin de que pueda unirse únicamente a Dios. La mejor disposición que se puede aportar es la integridad de la vida y la pureza de las costumbres. Quienquiera que desea dedicarse a ella y hacer algún progreso, no debe tener estima más que por las cosas del cielo, y ser tan insensible como un muerto para todas las de la tierra. La oración, para ser buena, debe estar acompañada de la fe y de la humildad.

Que jamás hay que omitir el ejercicio de la oración

Es un error común que es muy difícil meditar, aunque no haya nadie que no medite cada día, ya que meditar no es otra cosa que dar vueltas a los pensamientos en el espíritu. Pero lo que es fastidioso es que la mayor parte de las veces no pensamos

más que en cosas inútiles o perniciosas. ¿Por qué pues no meditamos sobre los misterios de nuestra religión y sobre el asunto de nuestra salvación? Sería cómodo explicar nuestro espíritu a ello, por poco que veláramos por apartarlo de las preocupaciones de la tierra. Lo que nos hace poco propicios para la oración es que no queremos morir a nuestros sentidos, y abrazar el aprobio de la cruz. Dejamos a menudo el ejercicio de la oración con la intención de dedicarnos a buenas obras de las que no sacamos ningún fruto, porque las hacemos sin la luz que no se obtiene más que en la oración, sin el orden de la gracia, y por nuestro propio movimiento más que por el de Dios. Es un gran abuso el descuidar los ejercicios interiores para dedicarse a los exteriores. El alma languidece y queda casi moribunda, si no es alimentada cada día por la oración, como el cuerpo se debilita y se destruye, si no es sostenido por los alimentos. El alma tiene necesidad de tomar tanto más frecuentemente alimentos para aumentar sus fuerzas, cuanto que los enemigos que la atacan son más poderosos y más numerosos que los que atacan el cuerpo. La unión estrecha que tiene con el cuerpo provoca que sea atormentada por el frío, por el calor, por las enfermedades, por la sed, por el hambre, y por los demás males sensibles. Así lo es también el alma por su cuerpo mismo, por sus sentidos, por su concupiscencia, por el demonio y por el mundo.

Cuando rezamos, debemos buscar a Dios en el fondo de nuestra alma, invocarlo en el hombre interior, donde vive como en un templo. Para orar, no es necesario elevar la voz, ni pronunciar palabras muy sonoras; sólo hay que dirigirse a Dios, y adorarlo en espíritu y en verdad. Sólo aquéllos que no pueden entretenerse con El en el secreto de sus corazones, y presentarle por sí mismos sus necesidades, tienen necesidad de recurrir a fórmulas de oraciones. Es cierto, sin embargo, que la Iglesia expresa sus oraciones públicas con la palabra y el canto, a fin de que los fieles sean por ello edificados, y unan sus corazones para elevarse todos juntamente a Dios. Porque es por cierto verdad que somos templo del Señor, el lugar de la oración, y que el reino de Dios está dentro de nosotros.

Condiciones de la oración

Para hacer perfecta la oración, es necesario que quien pide algo a Dios no esté movido más que por su amor a pedirla. Porque, aunque la cosa sea buena y deseable por sí misma, hay más seguridad y más perfección en no desearla y no pedirla más que porque agrada a Dios, por miedo a que el veneno del amor propio no se oculte bajo la bondad de la cosa que se pide. La fe viva y la presencia de Dios son las bases de la oración. Hay que aproximarse a El con una simplicidad similar a la de un niño que busca el seno de su madre.

Quienquiera que al rezar se entretiene en hacer reflexión sobre su oración, no es perfectamente atento, porque se aparta de Dios a quien ora, para dirigirse a la oración por la que ora, así a menudo cae en las distracciones, aunque trate de evitarlas. No hay pues nada que debamos desear con tanta fuerza como la oración, la simplicidad perfecta y despegada de cualquier otro objeto que el de Dios, estando seguro que quien se une a Dios con una atención tan grande que no piensa sólo que reza, reza con grandísimo fervor. Jamás se perderá un espíritu que tenga presente a Dios. ¿Cómo podría perderse si está sumergido en el océano inmenso de la naturaleza divina? A cualquier lugar que se vuelva, no podría jamás salir de ella.

Si por permiso de Dios suceden un gran número de distracciones, no por ello la oración será inútil para quienes hagan todo lo que les sea posible para rechazarlas. Dios estará próximo a ellos y les asistirá, aunque les parezca quizá muy alejado. Es más cómo superar las distracciones, despreciándolas y apartándose de los objetos en el espíritu y les da fuerza.

Una oración en la que el alma siente sequedad y no recibe ninguna consolación, es tanto más agradable a Dios cuanto lo es menos a la naturaleza. (Principios de la vida cristiana, caps. 44 al 48.)

SAN JUAN EUDES (m. 1680)

Recorre Francia predicando misiones continuas de palabra y por escrito. Promue-

ve el culto a los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Funda la Congregación de los PP. Eudistas para las misiones populares y más tarde funda la Congregación de "El Buen Pastor".

1. *Del fundamento de la vida y la santidad cristiana, que es la oración*

El santo ejercicio de la oración debe considerarse dentro de los fundamentos de la vida y la santidad cristiana, porque toda la vida de Cristo no ha sido sino una perpetua oración, que nosotros debemos continuar y expresar en nuestra vida, como algo que es tan importante y tan absolutamente necesaria, como que la tierra que nos sustenta, el aire que respiramos, el pan que nos alimenta, el corazón que late en nuestro pecho, no son tan necesarios al hombre para vivir humanamente como lo es la oración a un cristiano para vivir cristianamente. La razón es la siguiente:

1. Porque la vida cristiana, que el Hijo de Dios llama la Vida Eterna, consiste en conocer y amar a Dios; así, pues, dentro de la oración es como conocemos esta ciencia divina.

2. Porque por nosotros mismos no somos nada, no podemos nada, no tenemos nada más que pobreza y la nada. Por ello tenemos una gran necesidad de recurrir a Dios en todo momento por medio de la oración, para obtener y recibir de El todo lo que nos falta.

Así, pues, la oración es una elevación respetuosa y amorosa de nuestro espíritu y de nuestro corazón hacia Dios. Es un dulce coloquio, una santa comunicación y una divina conversación del alma cristiana con su Dios, allí donde ella lo considera y lo contempla en sus divinas perfecciones, en sus misterios y en sus obras; ella lo adora, lo bendice, lo ama, lo glorifica, se entrega a El, se humilla ante El a la vista de sus pecados y sus ingratitudes, implora su misericordia, aprende a aparecerse a El imitando sus divinas virtudes y perfecciones, y le solicita todas las cosas de las que tiene necesidad para servirle y amarle.

Es una participación de la vida de los ángeles y los santos, de

la vida de Jesucristo y de su Santísima Madre, y de la vida de Dios mismo y las tres personas divinas. Porque la vida de los Angeles, de los Santos, de Jesucristo y de su Santísima Madre no es otra cosa que un continuo ejercicio de oración y de contemplación, estando sin cesar ocupada en contemplar, glorificar y amar a Dios, y en solicitarle para nosotros las cosas que nos son necesarias. Y la vida de las tres personas divinas está perpetuamente ocupada en contemplarse, glorificarse y amarse las unas a las otras, que es lo que se hace primera y principalmente en la oración.

Es la felicidad perfecta, la dicha suprema y el verdadero paraíso en la tierra. Porque por medio de este ejercicio divino el alma cristiana se une a Dios, que es su centro, su fin y su bien supremo. En la oración ella lo posee y es poseída por El. En la oración ella le ofrece sus trabajos, su sumisión, su adoración, sus amores, y recibe de El su luz, sus bendiciones y mil testimonios del amor desbordante que El siente por ella. Finalmente en la oración Dios se deleita en nosotros según su palabra: *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres* (Prov. 8, 31) y nos hace conocer por experiencia que las verdaderas delicias y los perfectos contentamientos están en Dios, y que cien, incluso mil años de los falsos placeres del mundo no valen lo que un momento de las verdaderas dulzuras que Dios hace gozar a las almas que ponen todo su contentamiento en conversar con El por medio de la santa oración.

Por último es la acción y la ocupación más digna, la más noble, la más elevada, la más grande e importante en la que podáis emplearos, ya que es el empleo y la ocupación continua de los Angeles, de los Santos, de la Santísima Virgen, de Jesucristo y de la Santísima Trinidad, durante todos los espacios de la eternidad; y lo que debe convertirse para siempre nuestra actividad perpetua en el cielo. Incluso es la verdadera y propia función del hombre y del cristiano, puesto que el hombre no ha sido creado más que para Dios, para estar en su compañía, y el cristiano no está en la tierra sino para continuar aquí lo que Jesucristo hizo en la tierra durante su permanencia en ella.

Por ello os exhorto, con todas las fuerzas que puedo, y os

suplico en nombre de Dios, a vosotros que leéis estas cosas, puesto que el bondadoso Jesús se digna a tomar sus delicias y a conversar con nosotros por medio de la santa oración, que no le privéis de su contentamiento, sino que experimentéis cuán verdadero es lo que dice el Espíritu Santo, a saber: *No hay amargura en su conversación, ni aburrimiento en su compañía, sino alegría y gozo.* (Sab. 8, 16). Considerad este asunto como el primero, el principal, el más necesario, el más apremiante, y el más importante de todos vuestros asuntos y desprendeos, en la medida que os sea posible, de otros asuntos menos necesarios, para consagrarle a éste el máximo tiempo que podáis, especialmente por la mañana, por la noche y un poco antes de comer, y ello en alguno de los modos que os voy a proponer.

2. *Diversas maneras de oración, primeramente de la oración mental*

Hay diversas maneras de oración, entre las cuales señalaré aquí las cinco principales.

La primera es la que se denomina oración mental o interior, en la que el alma conversa interiormente con Dios, tomando como objeto de su conversación alguna de las perfecciones divinas, o algún misterio, virtud o palabra del Hijo de Dios, o lo que ha realizado y lo que realiza todavía ahora en el orden de la gloria, de la gracia y de la naturaleza, en su santa Madre, en sus Santos, en su Iglesia y en el mundo natural; empleando en primer lugar el entendimiento en considerar con una dulce y profunda atención y aplicación del espíritu, las verdades que se encuentran en este asunto, capaces de mover a amar a Dios y a detectar sus pecados; después de esto aplicando el corazón y la voluntad para realizar muchos actos y afectos de adoración, de alabanza, de amor, de humillación, de contrición, de oblación y de propósito de huir del mal y hacer el bien, y otros parecidos, según el espíritu de Dios lo sugiera.

Esta manera de oración es tan santa, tan útil y llena de bendiciones, que no puede explicarse con palabras. Por ello si Dios os atrae hacia ella y en ella os da la gracia, debéis agradecérselo como un gran regalo que os hace. Si aún no os ha dado esta gracia, pedidle que os la conceda, y haced por vuestra parte todo lo que podáis para corresponder a su gracia y para ejercitaros en

esta santa acción, que Dios os enseñará mejor que todos los libros y todos los doctores del mundo, si os arrojáis a sus pies con humildad, confianza y pureza de corazón, como os explicaré ahora.

3. Segunda manera de oración que es la oración vocal

La segunda forma de oración es la que se llama vocal, que se hace hablando con los labios a Dios, ya sea recitando el Oficio Divino, o el Rosario, o alguna otra oración vocal. Y ésta no es en absoluto menos útil que la anterior, con tal de que la lengua esté unida al corazón, es decir que mientras habláis a Dios con la lengua, le habléis también con el corazón y con la aplicación del espíritu. Porque de este modo vuestra oración será vocal y mental a la vez; por el contrario si os habituáis a muchas oraciones vocales por rutina y sin atención, saldréis de la presencia de Dios más disipados, más fríos y más perezosos que lo estabais antes. Por ello, excepto las oraciones de obligación, os aconsejo que hagáis más bien pocas, y que os acostumbréis santamente a hacerlas bien, con mucha atención y aplicación en Dios, ocupando vuestro espíritu y vuestro corazón en algunos pensamientos y afectos santos, mientras que vuestra lengua hable; acordándoos que debéis continuar la oración que Jesucristo hacía mientras estaba en la tierra; entregándoos a El para ello; uniéndoos al amor, a la humildad, a la pureza y la santidad, y a la atención perfectísima con la que El oraba; y suplicándole que imprima en vosotros las disposiciones e intenciones santas y divinas con las que El hacía la oración.

Podéis también ofrecer vuestra oración a Dios, en unión de todas las santas plegarias y divinas oraciones que se han hecho y se harán continuamente en el cielo y en la tierra por la Santísima Virgen, por los Angeles, por todos los Santos de la tierra y del cielo, uniéndoos al amor, a la devoción y a la atención con la que hacen este divino ejercicio.

4. Tercer modo de oración, que es hacer cristiana y santamente todas las acciones en espíritu de oración.

El tercer modo de oración es hacer cristiana y santamente todas vuestras acciones, incluso las más pequeñas, ofreciéndolas a Nuestro Señor al principio, y elevando de vez en cuando

corazón hacia El al hacerlas. Porque realizar así las acciones es hacerlas en espíritu de oración, es estar siempre en un ejercicio continuo de oración, siguiendo el mandato de Nuestro Señor, que quiere que *oremos siempre y sin interrupción*; es una manera excelente y muy fácil de estar siempre en la presencia de Dios.

5. *Cuarto modo de oración, que es por la lectura de buenos libros*

La cuarta manera de hacer oración es por medio de la lectura de buenos libros, leyéndolos no apresuradamente y con precipitación, sino a placer y aplicando el espíritu a lo que se lee, deteniéndose a considerar, a meditar, a sopesar y a gozar las verdades que más os conmueven, a fin de imprimirlas en vuestro espíritu y sacar de ellas diversos actos y afectos, según lo que ha sido dicho a propósito de la oración mental. Este ejercicio es de gran importancia y opera en el alma los mismos efectos que la oración mental. Por ello una de las cosas que más recomiendo es no dejar pasar ningún día sin leer una media hora un libro santo.

Los más apropiados para esto son: *El Nuevo Testamento*, la *Imitación de Jesucristo*; la *Vida de los Santos*; los libros de Granada, especialmente la gran *Guía de Pecadores* y el *Memorial de la Vida Cristiana*; los libros de San Francisco de Sales; los del muy ilustre fundador del Oratorio de Francia, el Cardenal Monseñor de Bérulle, y el *Tesoro espiritual* del Padre Quarré. Pero tened cuidado al principio de la lectura de entregar vuestro espíritu y vuestro corazón a Nuestro Señor Jesucristo, y suplicarle que os dé la gracia de sacar el fruto que os pide, y que opere en vuestra alma por medio de esta gracia lo que El desee operar para su gloria.

6. *Quinta manera de oración, que es hablar de Dios, y cómo se debe hablar y oír hablar de El.*

También es una cosa muy útil, muy santa y que suele inflamar muchos corazones en el amor divino hablar y departir a veces familiarmente los unos con los otros acerca de Dios y de las cosas divinas. A esto deberían los cristianos dedicar una parte de su tiempo, ésta debería ser su charla y conversación corriente; en esto deberían poner su recreo y su gozo.

A ello nos exhorta el príncipe de los Apóstoles cuando dice: *Si alguno habla que sus palabras sean como las palabras de Dios.* (1 Ped. 4, 11.)

Porque, ya que somos hijos de Dios, debemos gozar hablando el lenguaje de nuestro Padre, que es un lenguaje del todo santo, celeste y divino; y puesto que hemos sido creados para el cielo, debemos comenzar desde la tierra a hablar el lenguaje del cielo. ¡Oh, qué lenguaje tan santo y delicioso! ¡Oh, qué cosa tan dulce para un alma que ama a su Dios por encima de todas las cosas hablar y oír hablar de lo que más ama en el mundo! ¡Oh, cuánto agradan estas conversaciones a quien ha dicho que allí *donde dos o tres se reúnan en su nombre, El estaría en medio de ellos*! (Mt. 19, 20). ¡Oh, cuán distintos son estos discursos de los discursos corrientes del mundo! ¡Oh, qué tiempo tan santamente empleado, con tal de que se vaya con las debidas disposiciones!

A tal efecto debemos seguir el ejemplo y la regla que nos ha sido dada por San Pablo sobre este asunto en estas palabras: *Sicut ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur*": (2 Cor. 2, 17) "Hablamos como de Dios, ante Dios, en Jesucristo"; palabras que nos marcan tres cosas que debemos observar para hablar de Dios santamente.

La primera es que debemos hablar como de Dios, es decir que debemos libar dentro de Dios las cosas y las palabras que hemos de decir, entregándonos al Hijo de Dios al comienzo de nuestros coloquios espirituales, a fin de que El ponga en nuestro espíritu y en nuestra boca las cosas y las palabras que debemos decir, y que de este modo podamos decir lo que El ha dicho a su Padre: *Les he dado las palabras que Vos me habéis dado*. (Jn. 17, 8.)

La segunda es que debemos hablar ante Dios, es decir con atención y aplicación a Dios que está presente en todas partes, y con espíritu de oración y de recogimiento, entregándonos a Dios para sacar los efectos de las cosas que decimos o que oímos decir, y para hacer todo el uso que El desea de nosotros.

La tercera es que debemos hablar en Jesucristo, es decir en las intenciones y disposiciones de Jesucristo, y como Jesucristo hablaba cuando estaba en la tierra, o como El hablaría si estuviera en nuestro lugar. A este fin debemos entregarnos a El, y unirnos a las intenciones con las que El hablaba, cuando estaba

en el mundo, que no tenían otro fin que la pura glorificación de su Padre; como también a sus disposiciones, que eran disposiciones de humildad en sí mismo, de dulzura y de caridad hacia aquellos a los que hablaba, y de amor y entrega hacia su Padre. Haciendo así, nuestros discursos y conversaciones le serán muy agradables; estará en medio de nosotros, se deleitará en nosotros, y el tiempo que sea empleado en estas santas charlas será un tiempo de oración.

7. *De las disposiciones y cualidades que deben acompañar a la oración*

El divino apóstol San Pablo nos enseña que para realizar todas nuestras acciones santamente, hay que hacerlas en nombre de Jesucristo; y el mismo Jesucristo nos asegura que todo lo que pidamos a su Padre en su nombre, El nos lo dará. Por ello para orar santamente y obtener de Dios todo lo que le pedimos, hay que orar en el nombre de Jesucristo. Pero, ¿qué es orar en nombre de Jesucristo? Es lo que ya he dicho solamente de pasada y lo que nunca se repite suficientemente, a fin de imprimirlo bien en vuestro espíritu como una verdad muy importante y que os servirá en todos vuestros ejercicios. Es, como digo, continuar la oración que Jesucristo ha hecho en la tierra. Porque todos los cristianos, al ser miembros de Jesucristo, y siendo su cuerpo, como dice San Pablo, ocupan su lugar en la tierra, representan su persona, y por consiguiente deben hacer todo lo que hacen en su nombre, es decir en su espíritu, en sus disposiciones e intenciones, como hizo El mismo, cuando estaba en el mundo, y como El lo haría si estuviera presente en su lugar; del mismo modo que el embajador que ocupa el lugar y representa la persona del rey, debe actuar y hablar en su nombre, es decir en su espíritu, en sus disposiciones e intenciones, y como él mismo actuaría y hablaría, si estuviera presente. Por esta razón digo que rezar en nombre de Jesucristo es continuar la plegaria y la oración de Jesucristo, es decir, es hacer oración en el espíritu de Jesucristo, en sus disposiciones e intenciones, cómo oró él mismo cuando estaba en la tierra, y cómo oraría, si estuviera en nuestro lugar. Y así es como los cristianos deben orar.

Para ello, cuando vayáis a orar, acordaos que vais a conti-

nuar la oración de Jesucristo, y que debéis también seguir orando como El oraría, si estuviera en vuestro lugar, es decir con las disposiciones con las que ha orado y todavía ora en el cielo y en nuestros altares, donde está presente en un continuo ejercicio de oración hacia su Padre. A este fin, uníos al amor, a la humildad, a la atención y a todas las disposiciones e intenciones santas con las que El ora.

Ahora bien, dentro de estas disposiciones, hay especialmente cuatro, con las que El ha orado y con las cuales debemos orar, si deseamos glorificar a Dios en nuestra oración, y obtener de El lo que le pedimos.

8. Primera disposición para la oración

La primera disposición para la oración es que debemos presentarnos ante Dios con una profunda humildad, reconociendo que somos indignos de aparecer ante su rostro y contemplarlo, ni ser mirados o escuchados por El, y que por nosotros mismos no podemos tener ningún buen pensamiento ni realizar ningún acto que le sea agradable. Por esta razón debemos anonadarnos a sus pies, entregarnos a Nuestro Señor Jesucristo, y pedirle que El mismo nos reduzca a la nada y se establezca en nosotros, para que sea El mismo quien rece y haga la oración en nosotros, siendo El el único digno de aparecer ante el rostro de su Padre para glorificarlo y amarlo, y para obtener de El todo lo que le pide. Después de esto debemos pedir con confianza al Padre eterno todo lo que le pidamos en el nombre de su Hijo, por los méritos de su Hijo y para su Hijo Jesús que está en nosotros.

9. Segunda disposición para la oración

La segunda disposición con la que debemos orar es con una amorosa y respetuosa confianza, creyendo con mucha seguridad que todo lo que pidamos, que sea para la gloria de Dios y para nuestra salvación, lo obtendremos infaliblemente, y muy frecuentemente de mejor manera que lo pedimos, con tal de que lo pidamos no apoyándonos en nuestros méritos o en la virtud de nuestra oración, sino en el nombre de Jesucristo, por los méritos y oraciones de Jesucristo, por Jesucristo mismo, apoyados en su pura bondad y en la verdad de sus palabras: *Pedid y se os dará; todo lo que pidáis en mi nombre, os será dado;* y *cuando pidáis*

alguna cosa a Dios, creed y tened confianza cierta en que lo recibiréis, y os sucederá así (Mc. 11, 24). Porque en efecto, si Dios nos tratase según nuestros méritos, nos expulsaría de delante de su rostro y nos arrojaría, cuando nos presentáramos ante El. Por ello cuando nos concede alguna gracia, no debemos pensar que es para nosotros, ni por la virtud de nuestra oración; sino que es a su Hijo Jesús a quien da todo lo que da, y por la virtud de sus oraciones y méritos.

10. Tercera disposición para la oración

La tercera disposición con la que hay que orar es con pureza de intención, declarando a Nuestro Señor Jesucristo, al principio, que renunciamos a toda curiosidad de espíritu, a todo amor propio, y que queremos hacer esta acción no para nuestra propia satisfacción y consolación, sino para su pura gloria y para su solo contentamiento, ya que así es como El se digna a deleitarse, tratando y conversando con nosotros; y que todo lo que le pedimos, no deseamos pedírselo más que para este mismo fin.

11. Cuarta disposición para la oración

La cuarta disposición que debe acompañar a la perfecta oración debe ser la perseverancia.

Si deseáis glorificar a Dios en la oración, y obtener de su bondad todo lo que le pedís, hay que perseverar con fidelidad en este divino ejercicio. Porque hay muchas cosas que pedimos a Dios, que no nos las concede ni la primera, ni la segunda, ni la tercera vez que se las pedimos; porque quiere que se las pidamos mucho tiempo y muchas veces, teniendo el designio por este medio de mantenernos en la humillación y el desprecio de nosotros mismos y en la estima de sus gracias, y deleitándose en dejarnos mucho tiempo en un estado que nos obligue a ir muchas veces a El, a fin de que por este medio estemos frecuentemente con El y El con nosotros, siendo tanto lo que nos ama lo que se complace de estar con nosotros.

Finalmente, como último punto de toda santa disposición, cuando comencéis vuestra oración, entregad con todas vuestras fuerzas vuestro espíritu y vuestro corazón a Jesús y su divino Espíritu, pidiéndole que ponga en vuestro espíritu los pensamientos, y en vuestro corazón los sentimientos y afectos que El

desee; abandonandoos enteramente a su santa guía, a fin de que El os dirija como guste en este divino ejercicio; y confiándoos a su grandísima bondad a la que El os conducirá de la manera más conveniente, dándoos todo lo que le pidáis; si no es de la manera que lo deseáis, será de una manera mejor. (La Vida y Reinado de Jesús P. 2.ª c. 11 al 21.)

BEATO CLAUDIO DE LA COLOMBIERE (m. 1680)

El famoso director espiritual de Santa Margarita M.ª de Alacoque, a quien ella estimaba como a un gran santo, que fue elegido por el mismo Señor para ser "su fiel servidor y perfecto amigo", escribió varias obras llenas de espiritualidad y unción. Se conservan su Retiro Espiritual *de Lyón (1674),* Diario espiritual, Retiro espiritual *de Londres (1677),* Meditaciones sobre la Pasión de Jesucristo, Reflexiones cristianas *(en número de cuarenta), su* Ofrecimiento al Corazón de Jesús *y sus* Cartas espirituales. *Fue beatificado en 1929.*

1. Como siento, por la gracia de Dios, bastante atractivo por la oración, he pedido de todo corazón a Dios, por la intercesión de la Santísima Virgen, que me conceda la gracia de amar cada día más este ejercicio hasta la muerte. Porque este es el único medio de purificarnos, de unirnos con Dios, de que Dios se una con nosotros para poder hacer algo por su gloria. Es necesario orar para obtener las virtudes apostólicas, es necesario orar para hacerlas útiles al prójimo, y es necesario orar para no perderlas en el servicio del prójimo.

2. Este consejo, *o mejor dicho*, este mandamiento: *Orad sin interrupción*, me parece muy dulce y de ningún modo imposible; encierra la práctica de la presencia de Dios. Quiero procurar seguirlo con la ayuda de Nuestro Señor. Siempre tenemos nece-

sidad de Dios; así, pues, hay que orar siempre. Cuanto más oremos, más le agradaremos y más conseguiremos. No pido las dulzuras que Dios da a sentir en la oración a quien le place; no soy digno, no tengo fuerzas suficientes para soportarlas. No son buenas para mí las gracias extraordinarias; dármelas sería edificar sobre arena, echar un licor precioso en un vaso roto que nada puede retener. Lo que yo pido a Dios es una oración sólida, sencilla, que le glorifique a El y no me hinche a mí; la sequedad y la desolación, acompañadas de la gracia de Dios, me son, a mi parecer, muy útiles. Entonces hago con gusto actos de las más excelentes virtudes; hago esfuerzos contra la mala disposición y procuro ser fiel a Dios, etc. (Retiro Esp. Lyón, 2.ª Sem.)

3. Cuando se siente en la oración cierta inquietud que hace que nos parezca el tiempo largo, por la impaciencia que se tiene de pasar a otra ocupación, podemos decirnos provechosamente a nosotros mismos: ¡Y qué, alma mía!, ¿te aburres con Dios? ¿No estás contento con El? ¿Lo tienes contigo y buscas otra cosa? ¿Dónde te encontrarás mejor que en su compañía? ¿De dónde podrás sacar mayor provecho? He experimentado que esto calma el espíritu y une a Dios. (Notas espirituales).

4. He notado que, aunque Dios me ha concedido muchas gracias en este retiro, sin embargo, no han sido casi nunca en las meditaciones. No sé si esto habrá sido por haber querido sujetarme a los puntos de las meditaciones (que no es mi forma ordinaria de oración) y por la cual no siento atractivo. Me parece que (si la hubiera hecho a mi manera), hubiera pasado horas enteras sin agotarme ni fatigarme, considerando a Dios alrededor de mí y dentro de mí, sosteniéndome y ayudándome, alabándole por sus misericordias y entreteniéndome con sentimientos de confianza, con deseos de ser de El sin reserva, anonadando en mí todo lo que es mío, deseando glorificarle y hacerle glorificar por otros, viendo mi impotencia y la gran necesidad que tengo de la ayuda de lo alto, complaciéndome en todo lo que Dios puede querer, ya con respecto a mí, ya con respecto a otras personas, con las cuales tengo alguna obligación.

Sin embargo, cuando quería meditar algún misterio me sentía, desde luego, cansado y quebrada la cabeza; de suerte que

puedo decir que jamás he tenido menos devoción que en (esta clase de) oración.

Creo que no haré mal en seguir trabajando en lo sucesivo como lo hacía antes, para unirme con Dios presente por la fe, y después con actos de otras virtudes a las que más atraído me sienta.

Esta manera de oración no está expuesta a ilusiones, me parece, porque nada hay más verdadero que el que Dios está en nosotros y nosotros en El, y esta presencia es un gran atractivo de respeto, de confianza, de amor, de alegría, de fervor. Sobre todo, la imaginación no tiene parte en el cuidado que nos tomamos para representarnos esta verdad, y no nos servimos para esto, sino de las luces de la fe. (Ret. Esp. Londres. Feb., 1677.)

5. *No dispensarse nunca de la obligación de la oración.*—Así, mi querida hermana, le aconsejo que sea muy fiel en esto. Pero tenga cuidado de no contentarse con satisfacer *únicamente* esa obligación; porque si no hace usted oración sino cuando esté obligada, o porque está obligada, nunca adelantará con la oración, nunca la amará ni se complacerá en conversar familiarmente con Dios. Un alma que se dispensa de hacer oración en las enfermedades, por temor de hacerse daño, no sabe hacer oración; porque lejos de hacer daño, sostiene el espíritu y el corazón, mantiene al alma en calma y deja un consuelo que alivia mucho la pena. No digo esto para obligarla, mi querida hermana, sino para hacerle entender que se engaña usted mucho si espera sacar fuerzas de un ejercicio que deja usted tan a menudo, porque puede en conciencia dispensarse de él. Ni los votos ni las promesas han de ser los que nos atraigan a ese santo ejercicio, sino, más bien, la felicidad que encuentra un alma fiel en acercarse a Dios con frecuencia. Ruego al Espíritu Santo que le dé parte del santo don de la oración; porque ella es ese tesoro oculto del Evangelio por cuya posesión es preciso deshacerse de todo para gustar y merecer sus caricias. (Carta 71.)

6. *Las distracciones involuntarias no impiden el fruto de la oración.*—¡Oh, qué gran ilusión es, mi querida Hermana, y, sin embargo, qué comúnmente, imaginarse que se tiene poca o mucha virtud según que se tengan pocas o muchas distracciones

en la oración! He conocido religiosas que habían sido elevadas a un alto grado de contemplación, y que a menudo estaban distraídas desde el principio hasta el fin de la oración. La mayor parte de esas personas, que sufren tan gran pena por tener esas divagaciones de espíritu, son almas llenas de amor propio, que no pueden sufrir la confusión que eso causa delante de Dios y de los hombres, y que no pueden soportar el disgusto y la fatiga que les producen los ejercicios espirituales, pues quisieran, por recompensa de las mortificaciones que practican, los consuelos sensibles que esperan.

Querida Hermana: aunque sea usted arrebatada en éxtasis venticuatro veces al día y tenga yo veinticuatro distracciones al rezar un avemaría, siendo yo tan humilde y mortificado como usted, no quisiera cambiar mis distracciones involuntarias por todos sus éxtasis sin mérito. En una palabra, no reconozco devoción donde no hay mortificación. Hágase una violencia perpetua sobre todo en el interior; no soporte nunca que domine la naturaleza ni que su corazón se apegue a nada, sea lo que fuere; y yo la canonizaré sin preguntarle siquiera cómo va su oración. (Carta 74.)

7. Respecto a las emociones y sentimientos de que se queja usted, no tengo que decirle otra cosa sino que todo lo que no es libre en usted no se le puede imputar, y que pueda subsistir una gran caridad junto con grandes movimientos involuntarios de odio y de venganza. Basta que a pesar de todo ello, usted no se canse de orar por las personas por las que siente aversión; que cuando las encuentre usted les hable y obre en lo exterior como si las amase, y desee tener en el fondo del alma todo lo que Dios quiere que tengan efectivamente todos los que aman. (Carta 89.)

8. No omita nunca la oración de la mañana sin verdadera necesidad. (Carta 115.)

9. No debe dejar la oración por ningún motivo; si le molesta estar de rodillas, siéntese, es lo mismo... Manténgase en la presencia de Dios cuanto le sea posible y gustará con humildad las dulzuras que encontrará en la oración. No tema engañarse.

Ríase de los pensamientos importunos que allí la molestan y sopórtelos con resignación...

Cuando en las oraciones vocales se sienta atraída a orar con el corazón, déjelas, ya las rezará otro día...

El mejor libro de meditación es la Pasión misma, que hay que leer y luego meditar con reflexión sobre la paciencia y el amor de Jesucristo. (Carta 138.)

10. Es cierto que todos los temas de oración son buenos; sobre todo si se siente usted inclinada a detenerse en alguno.

Cuente sus penas a Nuestro Señor que está siempre cerca y dentro de usted, y a quien olvida para buscar consuelo fuera...

Cuando le falte consuelo en la oración, debe soportar con humildad la impaciencia que tiene de acabar y, para mortificarse, quédese algo más de tiempo que lo ordinario. (Carta 141.)

SANTA MARGARITA MARIA DE ALACOQUE (m. 1690)

Santa Margarita M.ª de Alacoque, religiosa Salesa, fue la principal confidente y apóstol de las maravillosas promesas del Sagrado Corazón de Jesús. El monasterio de la Visitación de Paray-le-Monial fue el gran escenario de las magníficas y grandísimas promesas del Divino Corazón. En la duodécima, ordinariamente conocida como la gran promesa, *el Sagrado Corazón de Jesús le promete: "A todos los que comulguen nueve primeros viernes de mes, continuos, el amor omnipotente de mi Corazón les concederá la gracia de la perseverancia final."*

1. Es preciso orar para que no nos sobrevengan otros males mayores. La oración en común tiene gran poder cerca del Sagrado Corazón de Jesús, que apartará los rigores de la divina justicia, poniéndose entre ella y los pecadores para obtener misericordia (Cta. 112).

2. Cuando se pone en oración, piense que acompaña a Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos, únase a sus santas disposiciones y espere pacientemente el consuelo de la gracia que le quiere dar. Mas guárdese bien, cuando se hallare en sequedad, de ir a buscar alivio en las criaturas. Recoja suavemente su espíritu que siempre quiere hacer algo. Hay que resolverse a perderlo todo para abismarse en Dios.

Haga de modo que el principal fruto que saque sea un completo abandono en la Providencia y mucho amor a la humildad y sencillez. Y si quiere tener buena oración, sea fiel en mortificarse, mantenga todo el día su espíritu en gran recogimiento, y no cometa nunca faltas voluntarias.

Trate de conformarse con su voluntad en todo. Guarde silencio de aquellas cosas que le pudieran proporcionar la estimación de los demás, pues el Señor rechaza lo que éstas más estiman, y su Espíritu sólo reposa en el humilde de corazón. En esta humildad permanezca cuanto pueda; y si le sucediere faltar por fragilidad, no se turbe, sino humíllese por no haber sido humilde... (Cta. 49).

3. Suplico al Sagrado Corazón de Jesús consuma todas nuestras tibiezas y cobardías, sobre todo en la oración, en donde le ruego sea fiel, para no robarle el tiempo a Dios; pues de su buen empleo depende todo lo demás. Para hacerla como es debido hay que estar muy recogidos y mortificados, y así todo irá bien. Esto es lo que le recomiendo (Cta. 12).

BEATO FRANCISCO POSADAS (m. 1713)

El Beato Francisco Posadas nació en Córdoba e ingresó en la Orden Dominicana y habiendo sido trasladado a Sanlúcar de Barrameda, oyendo predicar al P. González, se convirtió totalmente a Dios, comenzando una vida penitentísima. Fue uno de los confesores más afamados de su siglo.

1. La oración es comida que sustenta, conversación que regala, trato que entretiene y sueño dulce donde el alma descansa. ¿Pues cómo no la tenéis? ¿Cuál estáis sin oración? Díganlo vuestras obras que salen disparatadas como las del que no come ni duerme... *(Carta del Esposo, 20).*

2. *Dice el Señor:* "¿Cómo os trato Yo en la oración? ¿Acaso no os oigo? ¿No os regalo? ¿No os enternezco? ¿No os perdono?... ¿No inflamo vuestras voluntades? ¿No regalo vuestras memorias? ¿No endulzo vuestras almas? ¿No purifico vuestras conciencias?... Pues, ¿por qué no me tratáis?... Ea, *venid* y tratadme, que soy como las flores, que cuanto más se tratan y manosean os sueltan mayor fragancia.

Si queréis sentir mis olores, *venid* y tratadme, no me dejéis de la mano, y *veréis cómo camináis al olor de mis fragancias,* como lo hacen las esposas...

Orad, que si sois malos, Yo os haré buenos; si tibios, os pondré fervorosos; si imperfectos, hallaréis la perfección... Orad, *orad* y conoceréis lo que soy para vosotros *(Carta del Esposo,* c. 20).

SAN LUIS GRIGNIÖN DE MONTFORT (m. 1716)

San Luis G. de Montfort, fundador de la Sociedad Monfortana de María, o PP. Monfortanos, es muy conocido por sus escritos marianos y su propagación de la esclavitud a la Virgen. Sus obras principales son: el Tratado de la Verdadera Devoción, El Secreto del Santísimo Rosario, El Secreto de María y Los Amigos de la Cruz.

1. A la oración vocal hay que añadir la mental. Esta ilumina el entendimiento, inflama la voluntad y capacita el alma para oír la voz de la Sabiduría, saborear sus dulzuras y poseer sus tesoros.

Personalmente no encuentro nada tan eficaz para atraer a nuestras almas el Reino de Dios, la Sabiduría eterna, como el

unir la oración vocal con la mental mediante la recitación del Santo Rosario y la meditación de los quince misterios encerrados en él (El Am. Sab. 193).

¿Qué medios vas a escoger para llegar a la perfección a la que Dios te llama? Los medios de salvación y santificación son conocidos de todos... Y consisten en la humildad de corazón, la oración continua, la mortificación universal, el abandonarse en las manos de la Divina Providencia, y el conformarse en todo con la voluntad de Dios (Sec. M.ª 4).

Este es el comportamiento habitual de los predestinados: Permanecen asiduamente en casa con su Madre, es decir: aman el retiro, gustan de la vida interior, se aplican a la oración, a ejemplo y en compañía de su Madre la Santísima Virgen, cuya gloria está en el interior, y que durante toda su vida amó tanto el retiro y la oración... En efecto, allí (a la oración), van realizando la obra importantísima de su perfección, en comparación de la cual todas las demás obras no son sino juego de niños.

Por eso, mientras sus hermanos trabajan fuera con gran empeño cosechando la alabanza y aprobación del mundo..., ellos viven escondidos en su retiro con Jesucristo y en total sumisión a su Madre (T. Ver. Dev. 196).

2. Hacer cada mañana, a partir de las cuatro y media, media hora de meditación; y por la tade otra media hora...

Rezar cada día el Santo Rosario completo...

No dejar la meditación a causa de las distracciones, inquietudes y aburrimiento, o porque os parece que no hacéis nada, que no sabéis hacerla, o que Dios no os llama a ella y que vuestra vocación es el trabajo manual y la acción y no la contemplación ni la meditación. Estas son tentaciones del Maligno.

En todas vuestras oraciones, alimentaos, en la medida de lo posible, con la fe pura, sin apoyaros en gustos sensibles. Apreciad los deleites espirituales; pero no concibáis mayor estima de vosotros cuando los poseéis, ni creáis que está todo perdido cuando carecéis de ellos.

No intentéis actuar demasiado en la oración. Dejad obrar a Dios que actúa sólo en paz.

Haced todas vuestras acciones en presencia de Dios y sólo para Dios; esto es orar siempre. No dejéis de rezar el Rosario completo para honrar la vida, pasión, muerte y gloria de Jesús y de María (Reg. Sab. 133-138).

SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE (m. 1719)

San Juan Bautista de la Salle fue un insigne pedagogo y fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y Patrono Celestial de los maestros católicos. Fue un sacerdote sencillo, y todo el secreto de su éxito le venía de su fervorosísima y continua oración.

1. **Necesidad de la oración:**

Como el hombre ha sido creado sólo para Dios, está evidentemente obligado a tributarle sus homenajes; y como de continuo necesita la ayuda de Dios, debe dirigirle a menudo sus oraciones para solicitar y procurarse las gracias que necesita alcanzar de su infinita bondad.

Dios ha concedido al hombre todo lo que éste tiene; por tanto, debe devolvérselo rendidamente, tributándole con frecuencia respeto y adoración, humillándose y anonadándose ante El interior y exteriormente, considerando su propia nada y bajeza, y a la vez la grandeza y excelencia infinita de la majestad de Dios, que brilla y resplandece en todas las criaturas, y ante la cual todas ellas son menos que átomos.

Igualmente estamos obligados a recurrir a El para darle gracias por el gran número de beneficios que constantemente estamos recibiendo de sus manos; pues la ingratitud es una de las cosas que más le desagradan...

Y por la necesidad que tenemos de luz para conocer el camino que conduce al cielo, y las virtudes que precisamos practicar para llegar allá, sin la cual caminamos a ciegas y sería inevitable que nos descarriemos; y siendo la oración la luz que

ilumina el alma como el sol ilumina el cuerpo, como dice San Juan Crisóstomo..., nos será imposible vivir cristianamente si no dedicamos mucho tiempo a la oración, que es la vida del alma...

Sin la ayuda de Dios, el alma será incapaz de bien alguno; pero Dios no se inclinará a darnos el socorro y alivio que necesitamos, sino en la medida que se lo pidamos.

Por eso, San Agustín llega a decir que hay virtudes que no podremos obtener sino mediante la oración: Es el caso —explica— de la continencia, la sabiduría y la perseverancia en el bien; y lo prueba con testimonios de la Sagrada Escritura. Pues dice el Sabio que nadie puede poseer la continencia si Dios no se la da; y Santiago, que si alguno necesita la sabiduría, es preciso que la pida con fe y confianza y Dios se la dará.

No es que San Agustín defienda que haya virtudes que puedan conseguirse sin oración, pero dice que resulta necesaria para estas virtudes en especial, porque para poseerlas es perentorio aplicarse a pedirlas a Dios con mayor frecuencia, más fervor y de manera más continuada *(Deberes del Cristiano 15-20).*

Si amáis la oración, ella será el alimento de vuestra alma; Dios entrará en vosotros y os dará de comer a su mesa (Ap. 3, 20), y gozaréis la dicha de tenerle delante en vuestras acciones y de hacerlas todas con el único intento de complacerle. Hasta sentiréis, incluso, hambre de El, en expresión del Sabio (Ecli. 24, 29); pues según dice el Real profeta; sólo quedaréis saciados cuando se os manifieste la gloria del cielo (Med. 177).

Procurad aplicaros mucho a la oración, practicando el recogimiento interior. Si en él se persevera, el ejercicio de la presencia de Dios resulta fácil. No hay cosa que debáis procurar con tanto empeño... (Ibíd., 179).

2. **Debemos aplicarnos a la oración:**

1.º Porque siendo ella el primer ejercicio de la vida interior, es también el primero de los medios para hacerse hombre interior.

2.º Porque, según San Crisóstomo, es ejercicio de los ángeles, y los que a ella se aplican se asemejan a los ángeles.

3.º Porque, siendo la oración una conversación con Dios, produce en el alma este efecto: que por ella consigue no ocuparse sino en lo que se refiere al servicio de Dios *(Col. de varios Trat. 32)*.

Los hermanos de este Instituto deben amar mucho el santo ejercicio de la oración, y deben considerarlo como el primero y principal de sus ejercicios diarios... Serán exactos en hacerla todos los días en la hora y por cuanto tiempo prescribe la Regla, sin dejarla nunca si no es por una necesidad urgente que no pueda diferirse. Y si alguna vez se viesen obligados a ausentarse, pedirán permiso para hacerla sin falta en otra hora del mismo día *(Reg. Com. a los Herm. c. 4)*.

La acción de gracias que sigue a la Sagrada Comunión durará siempre media hora *(Ibíd.)*.

3. **Ventajas de la oración mental:**

La oración del corazón o mental, aventaja y supera a la vocal en que es buena y útil por sí misma; y, sin duda por eso, dice Nuestro Señor que adorar a Dios en espíritu es adorarle en verdad. Mientras que la oración vocal es útil solamente en la medida en que vaya acompañada de la mental o del corazón, que es la que debe animarla y de la que aquella saca todo su vigor y efectividad... *(Deberes del Cristiano, 22)*.

4. **Consejos para cuando es difícil la oración:**

Sea para Vd. la oración ejercicio frecuente, y procure que ella sea su consuelo en los tiempos de desolación, porque entonces más puramente se encuentra a Dios en ella.

Persevere en la oración con fe y constancia durante las arideces y oscuridades, aunque carezca de todo atractivo sensible; éste es muy buen estado y muy propio para santificarle.

La oración hecha así, le conducirá en poco tiempo y sin otra diligencia a la presencia de Dios.

La oración es preferible a todo. Después del Oficio Divino, ha de considerarla como punto esencial de la regla.

La oración de padecimiento vale más que cualquiera otra y, cuando Dios le ponga en ella, debe tenerlo por dicha muy grande. No tome ningún libro en ese tiempo; no lo necesita...

Sea tanto más fiel a la oración, cuanto, por un lado, siente en lo íntimo del alma que Dios le invita a orar y, por otro, que el demonio pone todo el empeño posible para disuadirle de ella.

La oración ha de ser su principal apoyo; no la deje, pues, nunca, a no ser que se halle enfermo. Ella disipará las tinieblas y la ignorancia de su mente. Guíese por el espíritu de fe: estar en la presencia de Dios es ya demasiado para Vd. No se detenga en los gustos sensibles, antes bien, témalos y no se fíe de ellos...

Dios se encuentra en la oración, y obra por ella en lugar de Vd. Por tanto, basta que renuncie de vez en cuando con paz y tranquilidad de corazón a todas las molestias y distracciones que allí le asalten y que se entregue a Nuestro Señor... y se haga dueño de sus actos.

El estado en que se halla durante la oración (cuando por las pertinentes distracciones piensa que pierde el tiempo), no es ociosidad peligrosa... Con tal de poseer a Dios y de allegarse a El, ¿qué cuidado ha de darle lo demás? No tiene El necesidad de sus esfuerzos. Hay que evitar la ociosidad, pero también el embarazarse con la multitud de actos. Bástele a Vd. y basta para contentar a Dios que permanezca en su santa presencia *(Carta 126).*

5. **Debemos acudir a los santos:**

Aunque no sea de indispensable necesidad el rezar a los santos, es de tanta utilidad que podemos estar seguros de que los que descuidan rezarles, descuidan su propia salvación... Pero si es útil y oportuno el que recemos a todos los santos, nos es mucho más ventajoso el dirigir nuestras oraciones a la Santísima Virgen; pues al ser la criatura más perfecta y la más elevada en gloria, goza de enorme poder ante Dios y puede ayudarnos mucho en cuanto a la salvación y a todas nuestras necesidades, gracias a su intercesión, la cual nunca niega a cuantos se la piden con piedad sincera y corazón enteramente desprendido a todo afecto al pecado. *(Deb. del Crist. I, 22-23).*

6. **Aconseja en sus cartas:**

La oración es el sostén de la piedad; esmérese, por tanto, mucho en ella *(Carta 11).*

Tiene que aplicarse a la oración cuanto le sea posible; pues este ejercicio es el que de ordinario atrae las gracias... *(Carta 12).*

Ponga empeño en aplicarse a la oración. Ya sabe que de este ejercicio pende la bendición de Dios sobre los demás, y que sirve para atraer las gracias sobre nosotros *(Carta 36).*

Me alegro mucho de que encuentre facilidad para dedicarse a la oración. Este ejercicio es el que trae las gracias de Dios sobre los demás.

Dedíquese también con particular atención a la lectura espiritual, que es de mucha eficacia para disponer debidamente para la oración *(Carta 102).*

7. **Eficaz remedio contra el pecado:**

La oración, enseña San Juan Crisóstono, es divino medicamento que arroja del corazón toda la malicia que en él encuentra, y lo llena de toda justicia. Por consiguiente, si aspiramos a vernos de todo en todo libres de pecado, nada mejor podemos hacer que aplicarnos a la oración. Por muchas que sean las culpas en que haya incurrido una persona que ame la oración; a pesar de los mayores desórdenes, cuenta en ella con el recurso rápido y fácil para obtener la gracia de la penitencia y del perdón *(Medit. 37).*

Estamos tan expuestos a las tentaciones, que, al decir de Job, *nuestra vida es una tentación constante...* (Pues bien), lo que nos pone en condiciones de resistir es la oración.

Del demonio de la impureza, llega a decir Jesucristo que *no es posible vencerlo si no es por la oración y el ayuno* (Mt. 17, 20); y nombra la oración antes que el ayuno, para significarnos que, si bien es necesaria la mortificación para vencer al espíritu inmundo, es mucho más importante aún armarse con la oración de cara a sus ataques. *(Ibíd.)*

8. **Infalibilidad de la oración:**

Jesucristo, para unirnos constantemente a la oración, nos asegura de manera positiva que todo cuanto se pida se recibirá: *Todo el que pide, recibe (Lc. 11, 10).*

La oración por sí misma produce ese efecto, en virtud de la promesa de Dios; de modo que cuanto más se le pide, tanto más da; porque Dios se complace vivísimamente en enriquecer a los hombres. Por eso dice San Agustín: "No nos instaría tanto a que le pidiéremos, si no estuviera dispuesto a dárnoslo, y si no lo quisiera efectivamente".

Confundíos, por tanto, de veros tan cobardes y negligentes en dirigir vuestras súplicas a Dios, que está más dispuesto a complaceros que vosotros decididos a pedirle. Más compasión tiene El de vuestra miseria, que deseo vosotros de libraros de ella.

Animaos, pues, a dar crédito al que tan ardientemente os insta; haceos dignos de sus promesas y complaceos en acudir a El. *¿Quién esperó obtener de Dios alguna cosa y quedó confundido?*, pregunta San Agustín.

9. Dos cosas son necesarias para la eficacia de la oración:

Primera, la fe: *Todo cuando pidiereis, si tenéis fe, lo alcanzaréis (Jn. 16, 23).*

Dice *todo,* indistintamente; nada exceptúa. ¿Quién osaría creer que tiene la fe tal eficacia como para alcanzar infaliblemente cuanto se pide a Dios, si el Hijo mismo de Dios, verdad por esencia, no lo asegurase?

Y no sólo lo asegura con palabras: os dio de ello ejemplo admirable en aquella mujer cananea que, luego de importunar con sus instancias a Jesucristo para librar a su hija de la posesión diabólica, mereció que el Señor accediese a su súplica, tan sólo en consideración a su fe: *¡Oh, mujer,* le dice Jesús, *cuán grande es tu fe, hágase según tu deseo! (Mt. 15, 28).*

Persuadíos, por tanto, que está Dios dispuesto a no rehusaros cosa alguna que le pidiereis con fe y confianza en su bondad.

Segunda, la humildad, pues, como muy bien dice el Sabio: *Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes (Prov. 3, 34).* Con lo que quiere decir que nada concede a aquéllos; mientras que a éstos nada les rehúsa.

Esta verdad nos la enseña de modo evidente Jesucristo en la parábola del fariseo y del publicano: ambos oraban a la vez en el templo; mas de ellos, dice Jesucristo que el último *volvió a su casa justificado, pero no así el primero;* y la razón es que *todo el que se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado (Lc. 18, 4). (Medit. para Dom. y Fiestas, 38).*

Tened por seguro que, cuanto más os apliquéis a orar, mejor desempeñaréis vuestro empleo; pues no pudiendo por vosotros producir bien alguno en orden a salvar las almas, tenéis que dirigiros a Dios con frecuencia, para obtener de El lo que

vuestra profesión os obliga a comunicar a los otros. Así lo enseña Santiago cuando dice que *Dios es el Padre de las luces, y que de El desciende todo don perfecto;* esto es, todo cuanto se da y es necesario a los hombres para conseguir su eterna salvación.

Pedid a Dios con insistencia ese espíritu de oración. Pero la oración si no va acompañada de la mortificación, resulta poco eficaz... No podremos cimentarnos en la piedad sino en la medida en que abracemos la mortificación *(Med. para Dom. y Fiestas, 95).*

SANTA VERONICA JULIANI (m. 1727)

Santa Verónica Juliani nació en Italia en 1660, siendo bautizada con el nombre de Ursula. A los 17 años ingresa en la Orden Franciscana Capuchina con el nombre de Verónica, sobresaliendo muy pronto por sus virtudes, su mística extraordinaria y sus estigmas. Por orden de los superiores se vio obligada a redactar sus experiencias místicas en un Diario *autobiográfico que llegó a constar de 22.000 páginas. Lo más sobresaliente de sus escritos han sido traducidos al español y publicados recientemente por la B.A.C. con el título de "EXPERIENCIA Y DOCTRINA MISTICA".*

He llegado a comprender la gran necesidad que tengo de atender a la oración: Aquí es donde se pone al descubierto lo que debemos hacer y lo que debemos aceptar para llegar a todo lo que Dios exige de nosotros. En ese momento... es cuando noto en mí mayor luz de Dios y mayor conocimiento de mí misma. Aprovecho más (en la oración) en un cuarto de hora, que en otros ejercicios que dedique horas y horas y aun días enteros... (Experiencia y Doctrina, pág. 261).

El Señor me dio a entender cómo debo hacer la oración mental. La disposición principal ha de ser un ánimo resuelto de

no ponerse a hacerla con nosotros mismos, esto es, con el deseo de tener consuelos, o grandes luces, o cosas semejantes. Esto no es oración, sino interés propio. La verdadera oración consiste en buscar sólo la pura voluntad de Dios. Por eso debemos empezar con un despojo total de nosotros mismos y de cualquier pensamiento nuestro. Debemos dar principio a la oración con la voluntad de Dios; estar en ella sólo haciendo la voluntad de Dios, siguiendo las luces y los adiestramientos y todo lo que es conforme a la virtud y a la negación de nuestro propio querer, y salir de ella con la voluntad de Dios; que no se conozca si estamos vivos o muertos, que no tratamos de hacer las cosas a nuestro modo, sino como Dios lo dispone y quiere... (Ibíd. 281).

El Señor me dio a entender que mi oración debiera ser continua, ya que ella es la escuela donde se llegan a aprender todas las virtudes. Por mi parte tendré que echar de mi mente cualquier cosa que sea contraria a la perfección. Aquí (en la oración) tuve luz particular para conocer algunos defectos que yo no tenía por culpa... No me detengo en enumerarlos; sólo digo que todas estas cosas sirven de impedimento a las almas para adentrarse en la oración. No hay impedimento mayor que las culpas y los defectos, por mínimos que sean, para que el alma se una al Sumo Bien (Ibíd. 287).

JUAN PEDRO DE CAUSSADE (m. 1751)

El P. Caussade, respaldando su doctrina con la autoridad de Bossuet, enseñó que los errores quietistas no son sino "abusos" de la doctrina de los verdaderos místicos. Su doctrina fundamental es la entrega total y amorosa a las disposiciones de la Divina Providencia, a semejanza de un niño que duerme tranquilo en los brazos de su madre. Desenvolviendo esta idea y la del amor puro, *tiene páginas verdaderamente admirables, llenas de suavidad y unción.*

1. Hay un tiempo en que el alma vive en Dios, y un tiempo en que Dios vive en el alma. Y lo que es propio de uno de estos tiempos, es contrario al otro.

Cuando el alma vive en Dios (vida ascética) se provee cuidadosa y muy regularmente a sí misma de todos los medios de que puede disponer para llegar a la unión, todo lo tiene marcado y regulado... (lectura espiritual, meditación, etc., etc.). Mas, cuando Dios vive en el alma (cuando se hace sentir con mociones sobrenaturales), ésta debe abandonarse totalmente a su providencia; ya nada tiene de sí misma, nada tiene sino lo que en cada momento le da el principio que la anima; ya no hay provisiones ni camino trazado y está como un niño en manos de quien lo lleva... (Abandono a la Providencia, 1. 2, c. 1 n. 1).

Creed, pues, almas santas; esperad y amad... He aquí su unción, he aquí su palabra: esa revelación mística y esa prenda de predestinación y de todas su dichosas consecuencias...

2. El abandono o entrega general en las manos divinas es un medio general para recibir las virtudes especiales en toda la variedad de *esos toques*. No pueden todas las almas aspirar al mismo estado bajo las divinas impresiones; pero todas pueden unirse a Dios, todas abandonarse a su acción, todas recibir el toque del estado que les es propio; todas, en fin, encontrar el reino de Dios y participar de su excelencia y sus ventajas. Este es un imperio en que cada alma puede aspirar a una corona... Anunciemos, pues, a todas las almas (a todas las sedientas de justicia) no el estado de pura fe o de puro amor..., sino el abandono a la acción divina en general, y hagámosle entender *a todas* que por ahí recibirán el estado singular que ésta les tiene señalado. No las desolemos ni rechacemos, no alejemos a nadie de la eminente perfección. Jesús llama a ella a todas las almas, puesto que a todas exige que estén sometidas a la voluntad de su Padre... Repitamos, pues, incesantemente a todas las almas que la invitación de este dulce y amante Salvador no les exige cosas tan difíciles y extraordinarias...; lo que les pide es que unan a El sus voluntades, para conducirlas, dirigirlas y favorecerlas a proporción de esta unión" (Ibíd. P. 1.ª, 1. 2, c. 1. n. 3).